

## Resumen

Este trabajo identifica y caracteriza tipos de hogares en función de los comportamientos y estrategias desplegadas como respuestas a los procesos de inestabilidad, desocupación y precarización de los noventa. El análisis se basa en entrevistas en profundidad a 60 hogares de tres barrios del noroeste del GBA: un asentamiento, un barrio obrero y un barrio de composición social media. Se agrupó a los hogares por tipo de trayectoria laboral del principal proveedor económico. Se indagó sobre las trayectorias laborales de cada miembro, relacionándolas con la dinámica familiar y con el conjunto de recursos de cada unidad doméstica. A través de diversas fuentes de datos, caracterizamos a los tres barrios –redes barriales, instituciones, programas sociales, etc – de manera de describir los comportamientos de los hogares dentro del contexto en el que residen.

Construimos tipologías de hogares según las respuestas orquestadas, para identificar así los recursos y contextos que posibilitaron las estrategias desplegadas.

Los casos más exitosos en lograr sostenidos “ascensos” en el bienestar de los hogares (que se traducen en mejoras en la vivienda y el consumo, concreción de proyectos educativos o de capacitación, etc.) son las familias que articulan la percepción de dos ingresos relativamente “estables”. En el otro extremo, los mayores “descensos” en el bienestar se dan cuando hay un quiebre definitivo en la trayectoria laboral estable del principal percceptor de ingresos, sin que el hogar haya consolidado antes “otros recursos”, especialmente si esos quiebres suceden en estadios tempranos del ciclo vital del hogar.

## Descriptorios

(trayectorias laborales)  
(recursos económicos del hogar)  
(mercado de trabajo)

## Abstract

The article identifies and describes households according to their behaviors and strategies in coping with the nineties job instability and unemployment. The analysis is based on 60 in depth interviews to household members in three Greater Buenos Aires neighborhoods –a slum, a working class neighborhood and a middle class district–. Households were grouped considering the working trajectory of the families' main economic provider. We analyzed the working path of each household member, its relation with the family dynamic, and with the overall resources available to the domestic unit. Through different data sources we characterized the three neighborhoods: their social networks, institutions, and social programs, in order to describe the household responses taking into account the context in which they live.

We constructed household typologies according to the different responses that allow understanding the recourses and contexts supporting the coping strategies. The better off households in terms of achieving persisting wellbeing (reflected in housing investment, the fulfillment of education projects, etc) are those that manage to articulate two incomes relatively stables. On the other side, those households that went badly down in terms of wellbeing tend to be those in which there has been a breakdown in the working trajectory of the main economic provider and the family has not been able to consolidate “other resources” before the breakdown; this situation worsens when the household is at its early stages.

## Key words

(working trajectory)  
(household economic recourses)  
(labour market)

Cynthia Pizarro  
Pablo Fabbro  
Mariana Ferreiro

## Los cortaderos de ladrillos como un lugar de trabajo para migrantes limítrofes: la importancia de “ser boliviano”

### Introducción

En este artículo analizamos algunas implicaciones de las identificaciones étnico-nacionales en las relaciones laborales, sociales y culturales que se dan en un cortadero de ladrillos ubicado en el área periurbana de la Provincia de Córdoba, Argentina, en donde trabajan inmigrantes bolivianos.

Partimos del supuesto de que la segmentación étnica del mercado de trabajo constituye una estrategia de control que resulta funcional a la acumulación del capital en la actualidad,<sup>1</sup> con el objeto de resaltar cómo, en el mercado laboral analizado, las adscripciones étnico-nacionales juegan un papel central tanto en la circulación de la información acerca de posibles puestos de trabajo como en el modo de conectar a esos puestos con los trabajadores.

Este trabajo fue financiado por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba y por el Ministerio de Ciencia y Tecnología de la Provincia de Córdoba. Agradecemos los comentarios de los evaluadores anónimos de este artículo.

Cynthia Pizarro es Doctora de la Universidad de Buenos Aires, área Antropología e Investigadora Adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). E-mail: pizarro.cynthia@gmail.com

Pablo Fabbro es Licenciado en Psicología por la Universidad Nacional de Córdoba. E-mail: forsetian@gmail.com

Mariana Ferreiro es Licenciada en Psicología por la Universidad Nacional de Córdoba. E-mail: ferreiro\_mariana@yahoo.com.ar

<sup>1</sup> Herrera Lima (2005), entre otros autores, ha destacado la importancia de las jerarquías culturales y discriminaciones étnico-nacionales en la conformación y regulación de mercados laborales segmentados. Dentro de la teoría dual del mercado de trabajo, las economías de enclave han sido identificadas o bien como parte del sector secundario del mercado de trabajo o bien como poseyendo características tanto del sector primario como del secundario, situación que tiene sus fundamentos en el hecho de que coexisten en los enclaves muchas de las desventajas que caracterizan a los sectores secundarios junto con algunos de los beneficios con los que cuentan los trabajadores del sector primario (Bailey y Waldinger, 1991).

Por una parte, señalamos que los estereotipos sobre la mano de obra boliviana legitiman su asignación a ciertas ocupaciones bajo condiciones laborales de suma precariedad. Así, parafraseando a Benencia (2006), quien se refiere al proceso de *bolivianización de la horticultura*, sostenemos que la *bolivianización* de los cortaderos de ladrillos se relaciona con la particular intersección que se dio entre ciertos discursos racializantes sobre los inmigrantes regionales y diversos procesos de precarización y flexibilización laboral que tuvieron lugar durante la década de 1990 en el marco de la implementación de políticas neoliberales en la Argentina. Como veremos más adelante, la *bolivianización* de la fabricación de ladrillos refiere, por un lado, a que en ese sector de la región metropolitana de la Ciudad de Córdoba los trabajadores inmigrantes de origen boliviano son los más numerosos —comparativamente con los autóctonos y con los inmigrantes de otras nacionalidades—; y, por otro lado, a que en algunos cortaderos los patronos son también bolivianos que lograron acumular cierto capital, ya sea trabajando en el mismo sector o en otros, tanto en Córdoba como en diferentes lugares de la Argentina o de Bolivia. Además, ese proceso de *bolivianización* alude a la manera en que se construye un nicho laboral destinado a ciertos inmigrantes recientes —en este caso, los oriundos de Bolivia— a través de la naturalización de estereotipos que los caracterizan como proclives, por el solo hecho de haber nacido en ese país, a realizar ciertas tareas concebidas como muy arduas.

Por otra parte, nos concentramos en las maneras en que estas posiciones son experimentadas por los trabajadores en el lugar de trabajo.<sup>2</sup> Argumentamos que las redes sociales entabladas fuera y dentro del cortadero de ladrillos por los inmigrantes bolivianos, que han sido desplazados de sus espacios sociales de origen, constituyen un *espacio del medio* que facilita su re-ubicación en el marco de procesos de des-ubicación social.<sup>3</sup> En los espacios de trabajo confluyen una serie de percepciones, sentimientos, comportamientos y experiencias que ligan la cultura de los trabajadores con la reproducción de la fuerza de trabajo

en situaciones determinadas. Pero, aun cuando la cultura laboral<sup>4</sup> en el cortadero de ladrillos subsidia al capital en la medida en que las relaciones étnico-nacionales y las características culturales son aceptadas y reproducidas —o, al menos, no son contestadas abiertamente por los trabajadores—, existen algunos intersticios, tales como la ironía, que dan cuenta de ciertas formas de resistencia.<sup>5</sup>

En síntesis, en este trabajo veremos cómo la segmentación étnica opera en el cortadero bajo estudio, legitimando cierto tipo de contrataciones y condiciones laborales sumamente desfavorables para los inmigrantes bolivianos. También señalaremos algunas modalidades a través de las cuales los trabajadores se ingenian para luchar por su vida.

A continuación daremos textura a este argumento a través del estudio de caso de un cortadero de ladrillos ubicado en el periurbano de la Ciudad de Córdoba, en donde realizamos trabajo de campo etnográfico consistente en observación participante y entrevistas en profundidad, a partir de septiembre de 2008. Cabe señalar que, paralelamente, desde 2006 estamos llevando a cabo investigaciones sobre la articulación de los trabajadores bolivianos en el mercado laboral cordobés. Por ese motivo, hemos conversado con inmigrantes con diversas trayectorias migratorias y laborales así como con patronos y trabajadores nativos que se relacionan con ellos tanto en el sector de la fabricación de ladrillos como en el de la horticultura, el del comercio ambulante, el del servicio doméstico y el de la construcción, entre otros. También entrevistamos a funcionarios y periodistas, estudiamos los datos censales provenientes del Censo Nacional de Poblaciones, Hogares y Vivienda de 2001<sup>6</sup> y analizamos las noticias referidas a las problemáticas de los inmigrantes bolivianos en los periódicos locales en el periodo 2005-2010. Si bien los registros que consideramos en este artículo se vinculan específicamente con el cortadero bajo estudio, los hemos interpretado con el aporte del conocimiento más amplio generado a través de dicha estrategia metodológica.

En los siguientes acápite nos referimos, en primer término, a la conformación del mercado de trabajo de los cortaderos de ladrillos en

119

2 Algunos antropólogos han abordado las maneras en que operan las lealtades étnicas facilitando y legitimando diversos modos de control del proceso de trabajo, pero también generando ciertas tensiones. Diferentes etnografías sobre los lugares en donde trabajan inmigrantes han mostrado que los modos de control del proceso laboral se vinculan con las relaciones sociales que se entablan en los espacios laborales y en los lugares de origen, remarcando que las adscripciones identitarias de los trabajadores son diversas (étnicas, regionales, de clase, entre otras) así como lo son sus expectativas y aspiraciones (Chari y Gidwani, 2007; de Genova, 1998; Morberg, 1996; Pizarro, 2007; Torres, 1997). En este contexto, se ha señalado también el uso estratégico de la identidad por parte de algunos trabajadores para conseguir empleo (Trpin, 2004; Vargas, 2005).

3 Martín Barbero (2006) propone cuestionar la visión que opone dualísticamente la territorialidad a la espacialidad, introduciendo el debate sobre nuevos modos de pensar las relaciones entre espacios y territorios en plural. Al considerar lo que él llama los *espacios del medio*, habilita la posibilidad de vincular espacios y territorialidades en el análisis de procesos de des-arraigos y de des-anelajes. Estos *espacios del medio* re-hacen tanto a los individuos como a las comunidades. Entender a las redes sociales como un *espacio del medio* nos permite abordar un modo de agencia mediante el cual los trabajadores migrantes cartografían espacios novedosos transformándolos en espacios conocidos. También nos permite trabajar los modos en que dichas redes inscriben sujetos de acuerdo con lógicas espaciales *re-ubicadas*, en los contextos de des-ubicación que supone la migración.

4 Reygadas (2002) destaca la necesidad de analizar los vínculos bidireccionales entre cultura y trabajo para estudiar tanto la influencia que tiene la acción semiótica sobre el proceso productivo como el rol que tiene el trabajo en la formación de la cultura de la sociedad.

5 Torres (1997) analiza la ironía en el contexto de las prácticas cotidianas laborales de los trabajadores tomateros en México y observa cómo se transforman las identidades laborales. A través de su análisis, explica que, en ocasiones, los trabajadores emplean connotaciones burlescas contra su condición de subordinación que invierten en sentido irónico. El autor señala que existe una gran variabilidad y flexibilidad de respuestas de los trabajadores ante las vicisitudes de la vida cotidiana e indaga el discurso político en el que aparecen insertas. Muestra cómo, debajo de la aparente subordinación y atraso político, se esconden posibilidades de acción y manifestaciones de las capacidades transformativas. En este contexto, revisa la idea de la hegemonía patronal a la que considerará como una realidad siempre problemática, frente a la que los trabajadores saben que pueden desarrollar conductas diversas a las de subordinación.

6 Cabe señalar las limitaciones de este tipo de datos para dar cuenta de la población inmigrante, sobre todo porque la misma se encuentra subrepresentada.

Córdoba y a su relación con la migración boliviana de los últimos veinte años. Luego, analizamos las maneras en que se conectan los inmigrantes bolivianos con el trabajo en el cortadero, señalando cómo operan las redes sociales entre los trabajadores para facilitar esta conexión y cómo son aceptados por la patronal que apela al estereotipo de "buenos trabajadores"<sup>7</sup> para justificar las precarias condiciones laborales que puede ofrecer. Posteriormente, estudiamos la manera en que se asignan los puestos y se organizan las tareas en el cortadero, poniendo de relieve que las posibilidades de negociación de los trabajadores son escasas y que los mecanismos de control por parte de la patronal son de tipo paternalista, debido a la informalidad y transitoriedad de los contratos laborales y a la escasa calificación requerida para ocupar las distintas posiciones. Finalmente, señalamos algunas prácticas implementadas por los bolivianos que residen y trabajan en el cortadero para resistir, arreglárselas y luchar por su vida.

## Los bolivianos y el mercado laboral de los cortaderos de ladrillos en Córdoba

120

Si bien las migraciones laborales internacionales en la Argentina no constituyen un fenómeno nuevo, es a partir de la década de 1990, en un progresivo contexto de flexibilización de la producción y de precarización laboral, que emergen ciertos mercados secundarios o de enclave favorecidos por la disponibilidad de mano de obra barata procedente de otros países de América Latina, tales como Paraguay, Bolivia y Perú, así como de algunos países del este asiático. En este marco, recientes estudios resaltan la importancia de las redes étnicas en la circulación de los trabajadores bolivianos en la Argentina y, también, en la información sobre posibles trabajos (Benencia, 2002, 2006 y 2007; Benencia y Quaranta, 2006a y 2006b; Pizarro, 2007 y 2009; Vargas, 2005).

A continuación, veremos con algún detalle los cambios acaecidos en el sistema migratorio entre Bolivia y la Argentina que se dieron a partir de la década de 1980, haciendo foco en la migración boliviana a Córdoba. Estos cambios se debieron, entre otros factores, a la implementación de políticas neoliberales tanto en Bolivia<sup>8</sup> como en la Argentina y a la consolidación de mercados de trabajo binacionales en el marco de la actual

expansión capitalista, lo que convirtió a algunas áreas en abastecedoras y reproductoras de la fuerza de trabajo y a otras en los lugares en donde ese trabajo se efectiviza (Morales Gamboa, 2005; Ortiz, 2002).

Numerosos autores coinciden acerca de la larga data que posee la presencia de inmigrantes limitrofes en la Argentina, y también señalan su volumen y su constancia en el tiempo. Grimson (1999), basándose en datos del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), comenta que la presencia de inmigrantes limitrofes se encuentra datada desde 1857, y que ya en 1869, con el primer censo nacional de población, se evidencia la presencia de extranjeros limitrofes en una proporción del 20% sobre el total de los extranjeros. Por otro lado, hay común acuerdo en que la migración limitrofe "fue, en su primera etapa, una respuesta frente a la escasez de mano de obra en el sector primario de la economía de las zonas fronterizas" (Balán, citado en Grimson, 1999, p. 37), siendo este un fenómeno que puede rastrearse al menos hasta la tercera década del siglo xx (Benencia y Karasik, 1994).

La migración boliviana a la Argentina, que es un claro ejemplo de estos movimientos, es periodizada de forma general tomando como punto de partida el período de ingreso de zafreiros en el noroeste argentino entre 1890 y 1930, cuando la caña de azúcar, el algodón y el tabaco constituían las principales actividades de inserción para los migrantes. Como segundo período, Zalles Cueto (2002) propone el de "fijación laboral", que se efectivizó principalmente a través de la radicación migratoria entre 1930 y 1964 y durante el cual se llevaron a cabo diversas acciones para establecer a los trabajadores agrícolas. En este período resulta de capital importancia la Revolución Boliviana de 1952 y sus efectos,<sup>9</sup> entre los que se destaca la modificación de las condiciones de movilidad para los campesinos que hizo más expedita la migración al exterior.

Así, durante la primera mitad del siglo xx, gran parte de los bolivianos que migraron a la Argentina procedía de áreas rurales. Estas personas, atraídas entre otras cosas por posibilidades laborales, se localizaron en las provincias del noroeste argentino limitrofes con Bolivia (Salta y Jujuy) para trabajar en las plantaciones de caña de azúcar, algodón y tabaco.

La mayor parte de este contingente poblacional era campesino-indígena, provenía de áreas rurales y estaba compuesta predominantemente por varones con baja calificación laboral que migraban temporariamente de acuerdo con los períodos de más demanda de mano de obra en el sector agrícola

<sup>9</sup> La Revolución Boliviana de 1952 resulta un hito central a la hora de comprender los procesos migratorios, tanto internos como externos, producidos en Bolivia a partir de esa fecha. Entre los logros más destacados de este período se encuentran la nacionalización de minas, el voto universal y la reforma agraria. A partir de este momento, comienza a hacerse visible en las ciudades una población que hasta 1950 se concentraba en zonas rurales. Vemos, por lo tanto, que la movilidad interna "sólo aparece como fenómeno social, efecto de las transformaciones de 1952, pues antes las masas campesinas, excluidas de todos los derechos y beneficios, apenas contaban con el 5% de las tierras, constituyendo el 80% de la población" (Vacaflores, 2003).

121

<sup>7</sup> Utilizamos comillas para transcribir expresiones usadas por nuestros interlocutores durante el trabajo de campo.

<sup>8</sup> Agradecemos el comentario de uno de los evaluadores anónimos de este artículo que, en relación con el aumento del flujo de emigrantes a partir de 1985, señaló la importancia de la implementación de políticas neoliberales en Bolivia y las consecuentes transformaciones en la estructura económico social de ese país, tales como la crisis de la minería y los procesos simultáneos de migración campo-ciudad y ciudad-campo derivados de las transformaciones en el agro boliviano y de la misma crisis de la minería, entre otras.

Sin embargo, a pesar de que en dicho período la migración de origen boliviano a la Argentina era de carácter rural-rural, hubo un pequeño número de bolivianos que se dirigió a las grandes metrópolis argentinas, como Buenos Aires, Córdoba y La Plata, y que provenía de clases medias y altas residentes en áreas urbanas bolivianas. Algunos eran exiliados políticos y otros migraban con el objeto de realizar estudios universitarios; y la mayoría de los que se establecieron definitivamente en la Argentina lograron alcanzar, con el paso del tiempo, una posición socioeconómica relativamente acomodada, ya sea como profesionales o como comerciantes.

Gradualmente, a partir de mediados del siglo xx, el flujo migratorio de origen campesino e indígena se desplazó hacia la zona de la pampa húmeda argentina debido a distintos factores, tales como la mecanización y la introducción de nuevas tecnologías en las explotaciones agrícolas del noroeste, la relativa pérdida de importancia de algunos cultivos de dichas economías regionales, la creciente industrialización de ciertos centros urbanos y la paulatina atracción que ejercía la vida urbana en virtud de la creciente globalización del consumo. De este modo, nuevos lugares de la Argentina comenzaron a ser atractivos para los bolivianos que migraban, entre otros motivos, por razones laborales. Así, se produjo un desplazamiento de esos trabajadores al sur, sobre todo a la zona del Gran Buenos Aires, pero también a la Provincia de Mendoza, donde comenzaron a ocuparse en las cosechas fruti-hortícola y en la vendimia (Benencia, 2004; Sassone y De Marco, 1991; Zalles Cueto, 2002)

Esta diversificación de los destinos de quienes migraban desde Bolivia buscando trabajo de baja calificación incluyó a la Ciudad de Córdoba. Como muestra Claudia Ortiz (2005), esta ciudad se transformó en un centro de desarrollo industrial a partir de la década de 1940, cuando se comenzaron a generar las bases de una industria metalmeccánica y, posteriormente, automotriz. Cabe señalar que, durante nuestro trabajo de campo, uno de nuestros interlocutores, ahora jubilado, nos comentó acerca de su ocupación en una de las fábricas de autos instalada en el Gran Córdoba desde mediados del siglo xx. Por otra parte, la población de Villa Libertador, el barrio periférico en donde reside el mayor porcentaje de inmigrantes bolivianos, creció al compás del auge de otra fábrica automotriz que se encuentra en las inmediaciones.

Claudia Ortiz plantea que este fenómeno de industrialización creciente significó un fuerte impulso para los procesos migratorios rurales-urbanos hacia la Ciudad de Córdoba. Pero en el transcurso de la década de 1970 este paisaje se revirtió, en gran parte debido a las políticas tendientes a favorecer la importación de productos, que llevaron a una des-industrialización creciente. La migración laboral a Córdoba ya no resultó tan atractiva como antes y algunos bolivianos retornaron a su país o se dirigieron a otros lugares.

Entonces, a partir de 1970 comenzó una etapa de ampliación y generalización de los circuitos migratorios de los bolivianos en la Argentina. Así, quienes venían a “vivir mejor” y a “conseguir trabajo” se dirigieron a las áreas periurbanas de diferentes ciudades dispersas por todo el país con el objeto de desarrollar diversas tareas agrícolas. A su vez, se afianzó la presencia coyuntural o estable en empleos urbanos generalmente asociados a las áreas de la construcción, los servicios y la comercialización de productos hortícolas (Archenti y Tomas, 1997).

Según Domenach y Celton (1998), entre 1980 y 1990 la inmigración boliviana a la región metropolitana de la Ciudad de Córdoba comenzó a incrementarse nuevamente, con una inserción mayoritaria en el mercado de trabajo informal de los sectores de la construcción, la horticultura, el servicio doméstico, la fabricación de indumentaria y el comercio informal.<sup>10</sup> Para ello fue relevante la operatoria de las redes migratorias, ya que la información sobre las posibilidades laborales en el periurbano de la Ciudad de Córdoba comenzó a llegar a quienes previamente habían estado trabajando temporalmente en horticultura en las provincias de Jujuy o de Salta y que en esos momentos deseaban “aventurarse” dado que disponían de un pequeño capital para arrendar una quinta. Otros “aventureros”, menos afortunados por no contar con recursos suficientes para “ponerse por su cuenta”, se dirigieron de todos modos a Córdoba para trabajar como medieros<sup>11</sup> en el sector hortícola. Gradualmente, la explotación de las quintas hortícolas que anteriormente había sido realizada por portugueses, españoles e italianos fue pasando a manos de los inmigrantes bolivianos, quienes lograron movilizarse en la escalera socioproductiva pasando de ser trabajadores rurales (como tanteros,<sup>12</sup> peones o medieros) a ser productores (como arrendatarios o propietarios de la tierra) e, incluso, comercializadores. Este proceso, denominado *bolivianización de la horticultura* (Benencia, 2006), no se dio solamente en Córdoba, sino que fue característico de las principales áreas hortícolas del país. Así, a inicios de 2000 los medieros de origen boliviano consti-

10 Según datos del Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda 2001, los inmigrantes bolivianos en actividad en la región metropolitana de la Ciudad de Córdoba se insertaban en trabajos de poca calificación en los siguientes sectores: construcción (24,58%); agricultura, ganadería, caza y silvicultura (15,25%); industria manufacturera y comercio (13,7%); repuestos de vehículos automotores, motocicletas y efectos personales (13,87%); y servicios de hogares privados que contratan servicio doméstico (12,66%)

11 La mediería constituye una modalidad de contratación de la mano de obra extra-predial (Benencia 1994 y 2002; Archenti y Tomas, 1997). Es un tipo de relación socio-productiva no reductible al trabajo asalariado, ni a la figura de “socios”. Las partes de este contrato de palabra son: un propietario o arrendatario que aporta la tierra, tecnología y capital operativo; y un trabajador que se hace cargo de proveer la totalidad del trabajo en el cual se incluye tácitamente la mano de obra aportada por su familia y, en los momentos de mayor demanda, la provisión de trabajadores eventuales contratados por él mismo. Según la índole del acuerdo, el mediero aportará también un porcentaje de los insumos. Los beneficios se distribuyen, dependiendo del grado de intervención del mediero, desde un 50% para cada una de las partes (modalidad prácticamente inexistente), a un 60 o 65% para el propietario y un 40 o 35% para el mediero.

12 Se denomina tanteros a los trabajadores transitorios a los que se les paga por unidad o conjunto de unidades cosechadas, o por surco atendido, etcétera

tuían la mayor proporción del total de trabajadores contratados en casi todos los mercados laborales de las áreas hortícolas de la Argentina

Por otra parte, durante la década de 1990 el sector de la construcción en la Ciudad de Córdoba también constituyó un atractivo para aquellos inmigrantes bolivianos que no contaban con suficientes recursos para “ponerse por su cuenta” o que no deseaban trabajar en el campo. El mismo proceso de movilidad socioeconómica que se observa en el sector agrícola ha sido señalado para el sector de la construcción de la Ciudad de Buenos Aires por Vargas (2005). Del mismo modo, en la Ciudad de Córdoba varios de nuestros interlocutores nos relataron sus trayectorias laborales: primero como ayudantes de albañil, luego como oficiales y más tarde como contratistas. Incluso algunos tienen en la actualidad una empresa en la que trabajan varias personas y se dedican a hacer trabajos de envergadura. Cabe señalar también la movilidad de los trabajadores bolivianos entre los distintos sectores de acuerdo con las ventajas comparativas coyunturales de cada uno. Así, hay quienes nos relataban que, en los últimos años y en consonancia con el auge que tuvo el mercado inmobiliario entre 2004 y 2008, dejaron sus ocupaciones en la quinta para trabajar en la construcción o en la fabricación de ladrillos porque “daba más”. La ventaja relativa que presentaba el aumento del trabajo en la industria de la construcción fue atribuida por muchos de nuestros interlocutores a las ganancias obtenidas por algunos empresarios cordobeses gracias al cultivo de la soja. Este dato contextual es importante, habida cuenta de que en esta oportunidad nos abocamos al estudio del trabajo en los cortaderos de ladrillos.

Como hemos visto, si bien la migración boliviana a la región metropolitana de la Ciudad de Córdoba data, por lo menos, de la primera mitad del siglo XX, el flujo más reciente y numeroso procede mayoritariamente de áreas rurales campesino-indígenas de los departamentos de Cochabamba, Potosí y Tarija; y se articula de manera subordinada en el mercado de trabajo, realizando labores que se caracterizan: por la informalidad, la fragilidad y la transitoriedad de los contratos o

“arreglos”; por las escasas oportunidades de movilidad ascendente; por la mínima calificación profesional requerida; por la precariedad de las condiciones laborales;<sup>13</sup> y por ser trabajos “duros y sacrificados”.

Durante 2006 y 2007, algunos agentes sociales locales –funcionarios, periodistas y representantes de algunas organizaciones de inmigrantes– percibieron la articulación de los trabajadores bolivianos en mercados laborales cordobeses precarios e

informales.<sup>14</sup> Fue así que, en abril de 2006, la Secretaría de Trabajo del Gobierno de la Provincia de Córdoba realizó un estudio de los cortaderos de ladrillos<sup>15</sup> y de las quintas hortícolas de la periferia de la Ciudad de Córdoba. De acuerdo con sus resultados, el 96% de los trabajadores cobraba su salario en negro y el 65% estaba indocumentado. Además, 62% de los trabajadores eran inmigrantes bolivianos, 4% eran inmigrantes peruanos y 34% eran argentinos.

Consiguiendo trabajadores y consiguiendo trabajo: “Si no hay bolivianos no hay ladrillos”, o acerca de cómo “cuando se entera uno de que hay trabajo, se enteran todos”

El sector de los cortaderos de ladrillos –a diferencia de la construcción o de la producción hortícola– ha comenzado a llamar la atención de los investigadores más recientemente al tiempo que fue constituyéndose progresivamente como un nuevo lugar privilegiado para la inserción de trabajadores migrantes. Según Lucifora (1997), los inicios de la actividad ladrillera en la zona de Chapadmalal –localidad aledaña a la ciudad de Mar del Plata, en la Provincia de Buenos Aires– estuvieron ligados íntimamente a las dinámicas de la industria de la construcción y a las consecuentes posibilidades de colocar los materiales producidos en un mercado distributivo más amplio. Hacia mediados del siglo XX, la producción de ladrillos en dicha área estuvo a cargo de familias que eran propietarias de los hornos y explotaban la actividad por su cuenta; pero, según señala la autora, para fines de dicho siglo, se observa una diversificación en los tipos de emprendimientos ladrilleros que permite clasificar a sus propietarios en grandes, medianos y pequeños: los grandes propietarios no intervienen directamente en el proceso productivo, poseen una considerable extensión de tierras, hornos de significativo tamaño y un gran número de trabajadores asalariados además de producción continua durante todo el año; los medianos y pequeños poseen las tierras y participan en los distintos pasos del proceso productivo, administrando, controlando y realizando la quema del adobe. Además, la autora señala que durante la década de 1990 diversas familias bolivianas que habían llegado a la zona en los setenta y cuyos miembros se habían desempeñado como trabajadores –moldeadores y peones– habían logrado convertirse en productores de ladrillos a través de dos estrategias: el arriendo o la compra de las propiedades.

15 Según datos publicados en el diario *La Voz del Interior* (13-08-2006). En dicha nota también se dice que existen aproximadamente 800 cortaderos de ladrillos y que el 98% de los 300 cortaderos inspeccionados en 2006 por la Unión Obrera de Ladrilleros (UOLRA) no cumple con las condiciones mínimas de salubridad o higiene. Véase: <http://rionegro.com.ar/diario/especialesonline/2006/08/13/>

13 La precarización de las condiciones laborales de ciertos inmigrantes en el actual contexto de flexibilización de la producción se hace evidente al analizar los datos censales de 2001 según los cuales el 70,53% de los trabajadores bolivianos de la Provincia de Córdoba se hallaba en negro, es decir ni les descontaban, ni realizaban aportes previsionales: esta proporción es similar si se analiza solo los departamentos que conforman la región metropolitana de la Ciudad de Córdoba.

14 Es posible que en la importancia que se le dio a la temática hayan influido el incendio, en marzo de 2006, de un taller textil en la Ciudad de Buenos Aires en el que trabajaban bolivianos y la emergencia de denuncias sobre el trabajo esclavo de los inmigrantes.

Un proceso similar al ocurrido en las cercanías de la ciudad de Mar del Plata puede observarse en el periurbano de la Ciudad de Córdoba. Allí existen algunas zonas en donde ya se hacían ladrillos desde mediados del siglo XX, pero también se observa el avance de la actividad sobre nuevas áreas que anteriormente se habían utilizado para la producción agropecuaria. Hacia 2006-2007, posiblemente debido al gran auge que tuvo esta labor, existían hornos de ladrillos localizados en diversos sectores del cinturón verde de Córdoba tales como el Municipio de Colonia Tirolesa, el Municipio de Monte Cristo, el Municipio de Malagueño y el sur del Municipio de la Ciudad de Córdoba. También, tanto los trabajadores como los antiguos propietarios “criollos” de los cortaderos habían sido reemplazados por inmigrantes mayoritariamente procedentes de Bolivia y, en menor medida, de Perú.

Nuestro estudio de caso etnográfico se desarrolló en un cortadero de ladrillos ubicado en la zona rural de Monte Cristo, un pueblo localizado a unos 30 kilómetros de la Ciudad de Córdoba. En este paraje existen alrededor de siete cortaderos cuyos trabajadores, en su gran mayoría, son bolivianos. El cortadero analizado puede considerarse como un emprendimiento de medianas proporciones. Ha sido gestionado, desde mediados del siglo XX, por tres generaciones de una misma familia de origen italiano que hacia 1950 compraron el campo y lo desmontaron. Durante mucho tiempo lo utilizaron para hacer ganadería, aunque también tenían un “campamento de ladrillos”. Hasta fines de la década de 1990 los trabajadores del campamento –moldeadores y peones– eran migrantes internos, provenientes de distintas localidades de las provincias de Santiago del Estero, Entre Ríos y Córdoba. Para “traer mano de obra” los patrones aprovechaban los viajes que hacían en busca de leña.

Actualmente, el cortadero de ladrillos está compuesto por dos campamentos que son gestionados –aparentemente de manera independiente– por dos miembros de dicha familia, el señor Fabiani,<sup>16</sup> hijo del colono italiano que compró las tierras y que tiene unos 70 años, y su hijo, que tiene alrededor de 40 años. En el campamento que gestiona Fabiani los trabajadores son inmigrantes bolivianos, por lo que lo llaman el “campamento de los bolivianos”. En el que gestiona su hijo trabajan sobre todo inmigrantes peruanos, por lo que es denominado el “campamento de los peruanos”.

El señor Fabiani relataba que, en comparación con el momento en que lo conocimos –septiembre de 2008–, en épocas anteriores se hacían menos ladrillos. Refirió que, mientras que antes se hacían 40 000 ladrillos por mes, en ese momento se fabricaban 300 000 o más. Otro de los cambios que señaló fue la incorporación de trabajadores bolivianos en el campamento, hecho que ubicó aproximadamente hacia el año 2000. Remarcó que fue para esa época –cuando “han proliferado los hornos en la zona”– que vinieron los bolivianos. Opinó que los argentinos ya no quie-

126

<sup>16</sup> Utilizamos nombres ficticios para proteger la identidad de nuestros interlocutores

ren trabajar en esa actividad porque es un trabajo “duro”, expuesto a las inclemencias del tiempo, tales como la lluvia y los calores. Finalmente, sintetizó el notable incremento de trabajadores procedentes de países limítrofes diciendo: “Acá si no hay bolivianos no hay ladrillos”. De este modo, introdujo en su discurso una generalización sobre “los bolivianos” que los caracteriza como buenos trabajadores para ciertas labores sacrificadas debido a las características físicas o culturales que tendrían por el solo hecho de haber nacido en Bolivia. Cabe señalar que este tipo de estereotipos –generalizaciones universales que implícitamente asignan a los bolivianos el rol de trabajadores dispuestos a desarrollar su actividad en condiciones precarias– también fue parte del discurso de los medios de comunicación cordobeses durante 2006.<sup>17</sup>

Sin embargo, Fabiani no pudo explicar por qué los argentinos antes sí querían trabajar en esa actividad y ahora ya no: en lugar de referirse a la progresiva precarización y flexibilización del trabajo de las últimas décadas y al hecho de que los argentinos no consienten en someterse a contratos laborales tan desfavorables como los que aceptan los inmigrantes, explicó la actual segmentación étnica del mercado laboral en términos de las características psicofísicas que “los bolivianos” tendrían y subrayó su motivación individual por ganar dinero: “empezaron a venir bolivianos porque empezó a valer el ladrillo”.

Los mecanismos utilizados por los bolivianos para ofrecerse en el mercado laboral de los cortaderos de ladrillos a los que aludió el señor Fabiani son los siguientes: “viajaba uno a la frontera y se venía con 10”, “después se iban enterrando y ya se venían de 10 o 15”, “vinieron buscando trabajo”. Estas frases también des-responsabilizan a uno de los actores involucrados en el mercado laboral –los dueños de los medios de producción– para cargar en una sola de las partes –los trabajadores potenciales– la responsabilidad de tener que ofrecer su mano de obra. Una vez más, el señor Fabiani omitió referirse a que los trabajadores argentinos podrían ser reticentes a incorporarse a los cortaderos de ladrillos debido a las cada vez más precarias condiciones de trabajo y a la informalidad de los contratos laborales. Continuó explicando los motivos por los que supone que los bolivianos “se ofrecen” para esa labor: “Ellos no saben trabajar en otra cosa, saben ladrillos y la quinta”. Dio el ejemplo de que cuando los quiere llevar al monte a buscar la leña “no andan”, y tampoco “andan” para manejar un tractor porque “nunca han visto un tractor”.

Otro de nuestros interlocutores en el cortadero fue Beto, un trabajador entrerriano de unos cincuenta años de edad que se desempeña como encargado general y que tiene más de cuarenta años de actividad en el lugar, porque llegó allí cuando tenía alrededor de 10 años, procedente de Entre Ríos, con su hermano que había venido a trabajar al campamento. El señor Fabiani se encariñó con él y lo crió junto con otro de sus hijos –fallecido hace unos

127

<sup>17</sup> Por ejemplo, en la nota del diario *La Voz del Interior* del 13 de agosto titulada “Córdoba sin bolivianos” a la que hicimos referencia más arriba. Allí se caracteriza a los inmigrantes bolivianos como trabajadores “indispensables”.

años-, de quien Beto se hizo muy amigo. Actualmente vive en la casa que el señor Fabiani tiene en el campo en donde se emplaza el campamento. Beto nos comentaba que el proceso de *bolivianización* de la fabricación de ladrillos comenzó hace aproximadamente unos 12 años, cuando un boliviano llegó a trabajar al cortadero y, lenta y progresivamente, empezó a “llamar a uno, después a otro, y así” ya que “cuando se entera uno de que hay trabajo, se enteran todos”

Como muestra Sutti Ortiz (2002), el mérito de los estudios del trabajo que enfocan las migraciones laborales consiste, entre otras cosas, en haber ayudado a comprender los procesos mediante los cuales los trabajadores se informan y buscan ocupación movilizándose por redes de amistad y parentesco. Para Bailey y Waldinger (1991), las redes organizan los flujos de información modelando la búsqueda de trabajo y los patrones de reclutamiento. En la medida en que las redes importan relaciones preexistentes al lugar de trabajo, constituyen algo más que fuentes de información: son factores independientes que moldean el empleo y la contratación en los lugares de trabajo. La contratación por redes reduce la incertidumbre porque se emplean trabajadores que reproducen las características de la fuerza de trabajo existente, lo que permite que el que recién se incorpora nunca sea un completo desconocido pues quien lo contrata le asigna el mismo estereotipo que a los otros trabajadores que forman parte de la red

128

En nuestro caso, esta dinámica de circulación de informaciones personalizadas parece ser central a la hora de arreglar la incorporación al cortadero. Como expondremos más adelante, durante nuestro trabajo pudimos observar la existencia de densos entramados de relaciones sociales por los que circulan no solo posibilidades de inserción laboral, sino también información y ayudas de distinto tipo. En el caso que analizamos, estas redes sociales adquieren especificidad ya que se trata de redes enmarcadas en cadenas migratorias. Algunos autores denominan a estas redes de parentesco y paisanaje “redes étnicas” (Golte, citado en Ávila Molero, 2001), para referirse a aquellas que abarcan a personas provenientes de un mismo pueblo o nación que se reconocen como descendientes de un mismo grupo étnico. Estas redes siguen en funcionamiento entre sus integrantes y descendientes aun después de procesos de des-territorialización causados por migraciones. Según Fernandes (citado en Sutti Ortiz, 2002), mientras las redes de relaciones se expanden, los vínculos se hacen más débiles y la información se torna menos confiable, por lo que las mismas funcionan mejor cuando se trata de relacionar a migrantes que buscan trabajo con personas ya establecidas. Veremos más adelante cómo estas cuestiones se hallan ejemplificadas en las relaciones que se establecen en el “campamento de los bolivianos” entre el mediero –residente permanente del cortadero– y los trabajadores temporales.

Ahora bien, si por el lado de los migrantes bolivianos la llegada al cortadero y el progresivo reemplazo de los trabajadores locales se realizó sobre la

base de un flujo de información caracterizado prácticamente por el “boca a boca” y las relaciones personalizadas, por el lado del encargado –más identificado con los “patrones” que con los trabajadores, aun cuando él pertenezca objetivamente a la clase de estos últimos–, este proceso fue cualificado positivamente en relación con las características atribuidas a los migrantes en cuanto trabajadores

En efecto, para Beto, las diferencias entre trabajadores bolivianos y trabajadores locales son notables, aunque no conozca personalmente a todos los que se desempeñan en el “campamento de los bolivianos”. En primer lugar, la “constancia” es uno de los atributos centrales de los bolivianos. Según su punto de vista, a diferencia de los argentinos, son capaces de levantarse muy temprano, de trabajar sin quejarse y sin descansar por horas y de resistir el hambre y a la sed durante el transcurso del día. Por otra parte, considera al boliviano como un trabajador “para todo el año”, ya que puede aguantar muy bien el calor en el verano junto a los hornos, o el frío en el invierno cuando el barro de la mezcla casi congela las manos.

Al mismo tiempo, el trabajo en el cortadero se presta para que se inscriban discursivamente otras particularidades raciales o étnicas, por ejemplo, la resistencia atribuida a los trabajadores bolivianos en el proceso de quema de los hornos, tarea que describiremos con algún detalle más abajo. Para Beto, los bolivianos tienen una capacidad inherente para soportar todo aquello “que a nosotros nos hace mal”; así, el humo y el brillo que irradian los hornos por la noche, nocivos por la exposición prolongada que requiere esta labor, no resultan un problema mayor para ellos porque “ya están acostumbrados”. Según la opinión de Beto, esta supuesta aptitud natural para soportar inclemencias de todo tipo estaría reforzada por algunas particularidades culturales, tales como la preferencia por comer “toda comida hervida y muchas verduras”, lo que los convierte en personas “sanitas” y fuertes.

129

Los puntos de vista del patrón y del encargado que hemos citado ponen en evidencia la manera en que los procesos de segmentación étnica del mercado de trabajo se sustentan en ciertas narrativas que la justifican. Morberg (1996) denomina *mitos de etnicidad* a aquellas narrativas que caracterizan a los trabajadores con determinados atributos raciales y/o culturales para racionalizar y justificar la segregación laboral en la producción bananera en Belice. Plantea que estas narrativas o *mitos* apelan a ciertos atributos que se supone son innatos de los grupos étnicos subalternos que son desplazados en las relaciones laborales. En el caso que estamos analizando, las narrativas de Fabiani y de Beto –que, a su vez, retoman elementos de sentido del discurso hegemónico cordobés– estereotipan a los trabajadores solamente por el hecho de haber nacido en Bolivia y refuerzan la idea de que es importante “ser boliviano” para trabajar en el sector de los cortaderos de ladrillos en Córdoba.

Estereotipos similares fueron señalados en el caso de los trabajadores de las quintas hortícolas del área metropolitana de Buenos Aires por Benencia (2002) y en los trabajadores de mercados concentradores de frutas y verduras de la misma área por Pizarro (2007). Por su parte, Archenti y Tomas (1997) abordan procesos semejantes de segmentación étnica del mercado laboral en el ámbito de la producción hortícola de La Plata y plantean, retomando las ideas de Wolf, que la heterogeneidad o segmentación de la fuerza de trabajo es tanto un producto como una condición necesaria del sistema capitalista. Los mecanismos a través de los cuales se produce esta segmentación son dos: el ordenamiento jerárquico de los grupos y categorías de trabajadores y la re-creación continua, en el nivel simbólico, de distinciones culturales –étnicas y de raza– entre los mismos. Así, estas categorías étnico-raciales, cuyos sentidos sedimentados en muchos casos preexisten al sistema capitalista, son puestas en foco, re-significadas y aprovechadas en el marco de la segmentación del mercado de trabajo bajo el capitalismo. Es decir, las categorías étnicas expresan las formas en que poblaciones particulares son relacionadas con ciertos segmentos del mercado de trabajo, en nuestro caso “los bolivianos” como “los trabajadores de los cortaderos de ladrillos”.

130

Entonces, la posición étnico-racial ocupada por un trabajador condiciona cuáles de sus anteriores recursos podrá poner en juego y cuáles deberá adquirir entre los nuevos. Las posibilidades de poner o no en acto ciertos recursos étnico-raciales –es decir, ciertas características o habilidades– está delimitada, según Archenti y Tomas, por la estructura de la situación en la que se encuentra el trabajador más que por sus propios intereses o por su propio condicionamiento cultural. Es decir, ser “boliviano”, tener “constancia” y capacidad para “aguantar” las inclemencias del tiempo son recursos cuya puesta en acto depende más de las pautas de juego del mercado laboral y de la adecuación del trabajador a ciertos estereotipos que justifican su segmentación, que de cierto esencialismo cultural de cuyo influjo dicho trabajador no podría escapar.

En esta dirección, el conjunto de relaciones establecidas por los potenciales trabajadores en el marco de las redes étnicas incidiría de modo diferencial en el momento de su contratación en el cortadero. Así, los procesos de selección y los mecanismos de contratación de los trabajadores favorecen a aquellos que utilicen su *equipamiento* étnico-racial re-creando ciertas características que se supone tendrían por el hecho de ser bolivianos y que son funcionales a la lógica de explotación del sistema. Sin embargo, cabe preguntarse si estas características de fortaleza física y sumisión moral –supuestamente innatas– que los posiciona favorablemente en el mercado laboral se deben al hecho de haber nacido en determinado país o grupo étnico o si, por el contrario, se han sedimentado en sus vidas y las de sus progenitores a lo largo de históricas condiciones de opresión.

De este modo, la interacción dinámica de la historia vivida por los trabajadores y el contexto laboral habilita la puesta en acto específica de capacidades

o cualidades diferenciales susceptibles de valoración –tanto positiva como negativa– por parte del conjunto de actores intervinientes según su situación en el sistema. En el caso del cortadero, las características de “los bolivianos” –concebidas como innatas y originadas en ciertas esencias culturales o nacionales– funcionan a la vez como estrategias de inserción de estos inmigrantes laborales en el mercado de trabajo y como categorías clasificatorias de los mismos dentro del cortadero y de la sociedad receptora.

### Trabajando “como perros”: sobre medieros, “arreglos”, tipos de trabajos y controles

Como señalamos, y según nos comentaban los trabajadores del lugar, el cortadero se divide en dos “campamentos”: uno de “puros bolivianos” y otro de “puros peruanos”. Para el encargado general, por su parte, el cortadero parece ser un sinónimo de “campamento”, y las divisiones que establecen los trabajadores no corresponden a dos unidades productivas distintas, sino que lo que sucede es que el patrón “arregla” con dos medieros distintos, uno boliviano y otro peruano. Como veremos más adelante, esto se debe principalmente a la forma que en que se producen los “arreglos” entre el patrón y los medieros, y entre estos últimos y los trabajadores. Ahora bien, cada uno de estos “campamentos” cuenta con las herramientas necesarias para desarrollar el proceso completo de producción de ladrillos y cada trabajador lleva adelante el proceso de moldeado en su propio espacio o “cancha”.

131

En primer lugar, la mezcla es preparada por el “encargado del campamento” en el “pisadero”, que consiste en una superficie circular cavada en la tierra en cuyo centro se ancla una estructura metálica que se compone de un cilindro largo con una especie de rueda en su extremo. Esta rueda está constituida por dos grandes aros metálicos unidos por numerosas vigas perpendiculares a la circunferencia descrita por los aros metálicos. La preparación de la mezcla en el “pisadero” es la única instancia en la que puede llegar a intervenir algún tipo de tecnología mecanizada. En el cortadero donde llevamos adelante nuestro trabajo, la rueda es accionada en ocasiones mediante el uso de un tractor, aunque esto parece ser una excepción pues sabemos que en otros cortaderos es frecuente que esta parte del proceso se realice utilizando tracción animal o la fuerza de los mismos trabajadores.

Según nos comentaba Emilio, el mediero boliviano que lleva ocho años trabajando en el cortadero, una de sus responsabilidades es la de mantener constante el suministro de mezcla para que el proceso de modelado no se interrumpa. Por otro lado, resulta fundamental que el encargado general mantenga al mediero abastecido con la materia prima (tierra, guano, aserrín y agua) para



realizar la mezcla. Ambos insisten en que las tareas que llevan a cabo deben realizarse con cierto cuidado. Beto, el encargado general, nos contaba que la tierra utilizada como materia prima no puede ser cualquiera; solo se usa la capa más superficial, llamada "tierra blanca". La tierra "baya" y la tierra "negra" no sirven para la producción de ladrillos y no es conveniente que se confundan con la tierra "blanca" que se utiliza para la mezcla.

Por otro lado Emilio, al preparar la mezcla con la que proveerá a los moldeadores, debe cerciorarse de que se mantenga una proporción constante entre los diferentes ingredientes. De lo contrario, una vez armado el horno, los ladrillos quemarán a velocidades distintas.

Ahora bien, una vez lista la mezcla, los moldeadores se acercan hasta el "pisadero" con una carretilla especial de madera, cuyo interior es más angulado y pequeño que las carretillas comunes. Cargan la mezcla y la llevan hasta la "cancha", que es el lugar donde se le da la forma a los ladrillos. Los moldeadores sacan el barro de la carretilla y lo colocan en un molde rectangular metálico con una división en el medio, lo que significa que los moldes permiten hacer solo dos ladrillos a la vez. En este caso, los moldeadores trabajan sobre una mesa que tiene adherida una pileta con agua, tan larga como la mesa y relativamente profunda, que se usa para humedecer la mezcla una vez puesta en el molde. Debajo del molde se trabaja con una plancha metálica cuadrada, cuyas proporciones doblan a las del molde rectangular, y que funciona como un soporte para trasladar el molde con la mezcla hacia donde está el resto de los ladrillos con su forma final. Se vuelca el contenido de los moldes en el suelo usando la plancha metálica y, con un movimiento rápido, se alisan las imperfecciones de la superficie de los ladrillos.

Los trabajadores repiten este proceso indefinidas veces en el transcurso de un día produciendo, según nos comentaban, un promedio de mil ladrillos diarios.

En la "canchas" los ladrillos se secan a la luz de sol, de a miles, y una vez que están lo suficientemente sólidos son llevados a la incipiente estructura donde los "armadores" comienzan a construir esa estructura de aspecto ligeramente piramidal y escalonada que tienen los hornos cuando están terminados.

La construcción de los hornos es la parte más lenta del proceso pues requiere miles de ladrillos secos. En primer lugar se trazan líneas paralelas de ladrillos, que son las que posteriormente sostendrán la estructura del horno. Estas hileras son confeccionadas generalmente con ladrillos quemados, cocinados en exceso o no comercializables por alguna razón. El espacio que media entre estas hileras es de suma importancia, pues es allí donde, una vez construido el horno, se encenderá el fuego necesario para la cocción.

Al terminar de construir esta estructura el horno está listo para ser encendido. La leña se introduce en esos largos y oscuros túneles de hileras paralelas

de ladrillos, y con la ayuda de largas y pesadas herramientas se distribuye parejamente. Una vez distribuida la leña en todos los túneles, esta se enciende y comienza el proceso de cocción de los ladrillos. Cabe señalar que la edificación del horno corre por cuenta de los "armadores" quienes, además, tienen la tarea de contabilizar cuántos ladrillos aporta cada moldeador en el proceso.

La persona encargada del proceso de cocción es conocida como "quemador". Teniendo en cuenta que la cocción de un horno es un proceso extremadamente largo, exigente y agotador, los "quemadores" en general trabajan de a dos, rotando en turnos nocturnos y diurnos los seis o siete días que dura la cocción. El trabajador que interviene en el proceso como "quemador" recibe una bonificación económica por esa tarea. Esta bonificación forma parte de los "arreglos" que el mediero establece con los trabajadores.

Ahora bien, como vimos hasta aquí, el régimen de trabajo en un cortadero de ladrillos relaciona a un propietario, que es el que aporta la tierra, las herramientas y ocasionalmente las casas para los trabajadores, con trabajadores que se hacen cargo de la totalidad de la mano de obra necesaria en el proceso de producción. La relación que el propietario tiene con los trabajadores es indirecta y, de manera similar a lo que ocurre por ejemplo en la producción hortícola (Archetti y Tomas, 1997; Benencia, 1994, 2002 y 2006; Benencia y Quaranta 2006a y 2006b; Pizarro, 2009), está mediatizada por la figura del mediero que tiene a su cargo el "campamento" y a las personas que trabajan allí.

La figura del mediero es fundamental a la hora de comprender la organización del trabajo en los cortaderos de ladrillos pues mediatiza la relación entre los trabajadores y el encargado general o el patrón. En general, el mediero, es la persona que se encarga de contactar a los trabajadores y de "arreglar" con ellos. Este "arreglo" hace referencia al acuerdo económico con respecto al tiempo y forma de remuneración por el trabajo. En este sentido, los porcentajes de estos "arreglos" pueden ser sumamente variables, pero el horno suele ser la unidad que está en la base de los cálculos de remuneración, tanto para el propietario como para el mediero y los trabajadores.

En el cortadero donde llevamos adelante nuestro trabajo, se ha establecido un "arreglo" en el cual cada horno se reparte en mitades. Esto quiere decir que, una vez quemado un horno, la mitad pertenece al dueño del cortadero y la otra mitad al "encargado del campamento" o mediero. El dueño del cortadero se queda con la mitad del horno y con el dinero que esa venta supone mientras que el encargado se queda con la otra mitad, pero con el dinero de la venta debe pagar a los trabajadores con los que ha "arreglado".

Intentaremos graficar, este punto siquiera de modo aproximado. En cada horno se cocinan miles de ladrillos que se venden a un precio que ronda los 1.000 pesos el millar. Esto significa que de estos 1.000 pesos, 500 corresponden al dueño del cortadero, mientras que los otros 500 corresponden al encargado o

mediero El mediero percibe entonces 500 pesos cada mil ladrillos, pero con esa suma debe remunerar a los trabajadores con los que ha “arreglado” en una proporción que ronda aproximadamente los 50 o 60 pesos por cada mil ladrillos vendidos. Como puede verse, la relación que el mediero tiene con los trabajadores es directa y los “arreglos” que realizan entre ellos son ajenos al encargado general o al patrón.

Beto, el encargado general del cortadero, ilustra de un modo curioso este punto cuando nos comenta que él no tiene trato con los trabajadores del cortadero y que, de hecho, todos los bolivianos le resultan prácticamente idénticos –apelando nuevamente a la generalización del estereotipo étnico-nacional–. Solamente trata con Emilio, el mediero boliviano del campamento, que es el que “arregla” con el resto de los trabajadores. Por lo tanto, nunca se entera ni de quiénes llegan al cortadero ni tampoco de por qué se van. Solo ve, y valora positivamente, que hay “bolivianos” trabajando en el cortadero. El control del proceso de trabajo y el pago a los trabajadores quedan a cargo de Emilio.

La figura del mediero es central en muchos otros sentidos de la vida en el cortadero. También de modo similar a lo que ocurre con los contratistas en la construcción o con los medieros en la producción hortícola, además de organizar las tareas de producción, el mediero se encarga de realizar nexos y conexiones para facilitar la llegada de otros trabajadores cuando se los necesita, por lo que las redes sociales ocupan un lugar central en estos procesos. En ocasiones, dichas redes pueden proporcionar a los trabajadores temporales información acerca de posibilidades laborales en otros sitios una vez que la temporada acaba.

Durante nuestro trabajo de campo en el cortadero, pudimos observar que fines de 2008 fue un periodo caracterizado por una ansiedad generalizada ante la sostenida caída en las ventas de ladrillos. Desde el punto de vista de los trabajadores, este fenómeno comenzó a producirse a la par de la denominada “crisis del campo”, conjugándose meses después con las bajas en las ventas características de los periodos navideños y vacacionales. Tanto el encargado general del lugar como los trabajadores coincidieron en que las ventas estaban siendo mínimas y que esta misma baja estaba produciendo un exceso en la capacidad del cortadero para almacenar los ladrillos –que, según se estimó, se contaban ya por millones–. Frente a esta incertidumbre, fue el mediero quien asumió gran parte del impacto que esta situación causaba en los trabajadores temporales.

Como hemos visto más arriba, el pago a los trabajadores se realiza en función de “arreglos” específicos concertados con el mediero y, generalmente, se efectúa por cantidad vendida y no por cantidad producida. En virtud de cierto capital acumulado, el mediero puede en ocasiones sostener por algún tiempo el pago a los trabajadores en épocas en que las ventas sufren un revés. En esta ocasión, ante lo inestable e incierto de la temporada, la estrategia de los mol-

deadores fue “pedir prestado” dinero al mediero para dejar el cortadero y desplazarse hacia otras provincias en busca de inserción en otras actividades.

En este caso, estos trabajadores hicieron un viaje que los llevó a Mendoza donde consiguieron ocupación en la producción hortícola, que por cierto abandonaron rápidamente porque era remunerada “por día”. Luego fueron a Bahía Blanca, donde encontraron trabajo “por tanto”, lo que representaba “una buena platita”. El pago “por tanto” o por “unidad” es, según Sutti Ortiz (2002), una de las formas de pago predilectas entre los trabajadores ya que, a pesar del riesgo que supone un ingreso fluctuante, pueden controlar lo que ganan. También les permite, en ocasiones, sumar las ganancias que supone el aporte de la fuerza de trabajo familiar. Para esta autora, este tipo de pago otorga a los trabajadores una mayor libertad para desplazarse. Los trabajadores mencionados más arriba “se fueron con lo puesto”, dejando todas sus pertenencias en el cortadero con la intención de volver cuando las ventas comenzaran a activarse nuevamente.

En su estudio acerca de los migrantes en el mercado de trabajo urbano, Montoya y Peticará (1995) han mostrado que la mano de obra en condiciones de precariedad es flexible a los cambios sectoriales, reubicándose en las actividades que más crecen y siendo la primera en ser desplazada cuando el nivel de actividad disminuye. Al mismo tiempo, estas autoras señalan que el empleo temporario es una modalidad ampliamente difundida de trabajo precario y que resulta un recurso crecientemente utilizado por las empresas cuando buscan transformar el costo salarial en un componente flexible.

En el cortadero de ladrillos aquí estudiado, parece verificarse una dinámica similar con respecto al lugar de los trabajadores temporales, favorecida por el modo en que se dan los “arreglos” y por el papel de la mediería en los mismos. Por otro lado puede suceder, como muestra Lucifora (1997), que ante una situación difícil les se pague con ladrillos a los trabajadores, poniéndolos en una situación igualmente difícil porque carecen de medios que les permitan colocar el producto en el mercado.

Durante la crisis de producción de ladrillos de fines de 2008, observamos que el cortadero bajo estudio estaba inactivo y que todos los trabajadores que habíamos conocido se habían marchado, quedando únicamente dos familias: la de Emilio, el mediero, y la de su hermano. A lo largo del siguiente año, el cortadero retomó la actividad gradualmente y recibió a nuevos trabajadores bolivianos.

### Reproduciendo y resistiendo: la ironía y la solidaridad

Como hemos mencionado más arriba, una de las formas de resistencia de los trabajadores consiste en retirarse del lugar de trabajo cuando las condiciones

de los “arreglos” se tornan desfavorables para su reproducción social. Pero también existen otras prácticas que les permiten sobrevivir dentro del ámbito laboral mientras residen y trabajan en él.

Con respecto a la reproducción social de los trabajadores en el cortadero bajo estudio, durante nuestro trabajo de campo nos llamó la atención que la población estuviera compuesta, por un lado, por familias con más de dos hijos y con varios años viviendo en el cortadero, y por otro, por hombres jóvenes solteros que entienden al cortadero como un lugar “de paso” o “de temporada”. Según Lucifora (1997), las migraciones de tipo *temporal* a los cortaderos de ladrillos son siempre, sin excepción, protagonizadas por hombres jóvenes solos que despliegan estrategias de reproducción y consumo específicas. Para la autora, la participación del grupo familiar, mujeres y niños, en el laboreo del ladrillo puede adquirir modalidades distintas según el estrato ocupado, pero es el estrato de los moldeadores el único que promueve la migración de hombres solos, sobre todo cuando sus arreglos son por temporada. En este caso, continúa la autora, el trabajo temporario es complemento de las actividades realizadas durante el resto del año en el lugar de origen, o bien, podríamos agregar nosotros, en otros puntos del país receptor. En el cortadero analizado se observan situaciones similares.

136 En este ámbito laboral, un punto en el que coincidieron tanto mujeres con dos o más hijos como jóvenes solteros a lo largo de nuestras charlas, fue que la llegada de los hijos implica una reestructuración profunda de las formas de entender la migración, la situación laboral y la administración económica en el seno de los hogares. “Hay que aprovechar mientras uno es solo”, nos decía uno de los trabajadores, “después te casás, tenés hijos, y ya no podés andar más”.

La esposa de Emilio, el mediero, nos comentaba que, una vez que los hijos empiezan a crecer, generan una presión muy grande para establecerse y, si antes existía la posibilidad de ir y “probar suerte” en algunos lugares distintos, la llegada de los niños hace que se comience a pensar en un lugar permanente. Así, el trabajo en el cortadero como una estrategia de trabajo temporal deja de ser una opción cuando se tienen hijos y, sobre todo, cuando los mismos tienen la oportunidad de comenzar con el ciclo de escolarización, oportunidad que fue valorada muy positivamente por los trabajadores del cortadero.

Volviendo al tema de la participación del grupo familiar en las labores de producción, no observamos que las mujeres y los niños se integren a tareas de producción, aunque, según Lucifora (1997), es frecuente que cuando dos o más moldeadores se asocian para comenzar su propio emprendimiento utilicen el aporte de la fuerza de trabajo familiar para incrementar al máximo la producción con un mínimo costo a fin de mantenerse en este nuevo estrato. Por otro lado, si pudimos observar que las mujeres se encargan de trabajar pequeñas quintas al lado de sus viviendas, y que lo que se produce en ellas es destinado

para consumo propio.

Sin embargo, si bien son los varones los que “trabajan” fabricando ladrillos, es necesaria la “ayuda” de las mujeres y de los niños para lograr la reproducción social de la fuerza de trabajo en el caso de aquellos trabajadores que residen con sus familias en el cortadero. Las mujeres se ocupan de cocinar, lavar, tejer, atender las huertas y los animales de granja, vender bebidas frescas a los otros trabajadores y cuidar a los niños:

[...] A la siesta fuimos a visitar a Nelly, la esposa de Emilio, que tiene gaseosas y cervezas para vender. Todos los varones estaban trabajando, cargando en el horno. Nelly estaba amasando pan [...] los niños se habían ido a ver a los varones llenar los hornos... (Fragmento del diario de campo del 15 de septiembre de 2008).

Tal como lo señala Trpin (2007) para el caso de los trabajadores chilenos en la fruticultura del Alto Valle de Río Negro, la labor de las mujeres del cortadero es invisibilizada y considerada como “ayuda”, a pesar de que es fundamental para la reproducción social de los trabajadores. Al igual que la “ayuda” en el seno de las familias, hemos observado que existen lazos de solidaridad entre los trabajadores, que se manifiestan –entre otras cosas– en préstamos de dinero, de objetos tales como celulares y enseres domésticos, en la colaboración con el cuidado de los niños y en la preparación de las comidas. En la misma línea, Torres (1997) remarca que, en los lugares de trabajo en donde los inmigrantes también residen, ellos se encargan de crear lazos de solidaridad a su alrededor que contribuyen a humanizar los espacios.

En estos espacios de socialización se generan alternativas que favorecen la reproducción social de la fuerza de trabajo en condiciones sumamente adversas. Así, los trabajadores comparten la experiencia de vivir similares relaciones de explotación y subordinación. Aunque esta situación no necesariamente genera modalidades de resistencia que confronten abiertamente con la patronal, el “aventurarse” en búsqueda de otras ocupaciones constituye una forma de abandonar el lugar de trabajo, tal como lo mencionamos más arriba.

Pero, además, existe otro tipo de alternativas que les permiten a los trabajadores sobrellevar la opresión sin manifestar explícitamente su oposición. Tal es el caso de la ironía.

Según Torres (1997), el uso de connotaciones burlescas que invierten la condición de subordinación en sentido irónico manifiesta que los trabajadores conocen su situación de subalternidad y que saben que pueden desarrollar conductas diversas a las subordinadas. La ironía puede observarse en ciertas maneras con que los trabajadores responden a la patronal o, también, en las formas en que se relacionan con otras personas ajenas a las prácticas laborales, como, por ejemplo, en su interacción con los investigadores. En este caso, observamos que, frente a otro que es ubicado por ellos en una jerarquía social y cultural

análoga a aquella que detentan “los patrones”, los trabajadores se refieren a su condición de subalternidad subvirtiéndola. Si bien la ironía utilizada de manera directa en relación con los patrones es una evidencia más clara de su resistencia, el uso que hicieron de la misma algunos trabajadores en relación con nosotros durante el trabajo de campo nos permitió percibir que esos interlocutores definían nuestra identidad sociocultural en el mismo plano de otredad que el de los patrones, posiblemente porque según su percepción compartíamos con estos últimos ciertas características étnico-raciales y económico-sociales.

Durante nuestras visitas al cortadero hubo varios episodios que llamaron nuestra atención en ese sentido. En una ocasión en que estábamos recorriendo el cortadero con Mari, la nieta de Fabiani, un joven trabajador a quien ella le había preguntado dónde se encontraba otro de los trabajadores, le respondió en tono de broma que estaba encerrado porque “te tiene miedo”. Como planteó esta ironía en el marco del género del chiste, Mari no la registró como una forma de resistencia y, por el contrario, le respondió en tono de reproche ficticio: “no te voy a llevar al boliche”.

En otra ocasión, pudimos apreciar ese uso de la ironía con respecto a los patrones en la interacción discursiva con una maestra de la escuela rural de la zona a la que asisten los hijos de Emilio, el mediero. Una de las investigadoras estaba haciendo observación participante en dicho establecimiento cuando la esposa de Emilio mantuvo una conversación con una de las docentes sobre la vestimenta que debían llevar los padres que acompañarían a sus hijos durante un acto escolar. Como Emilio se encontraba de viaje en Bolivia a donde había ido

[...] a buscar dinero porque les estaba faltando, una docente le sugirió [a la esposa de Emilio], en tono de broma y considerando que su marido estaba de viaje, que lo lleve a Beto, el entrerriano encargado del campamento donde ellos viven, para que haga de pareja de ella momentáneamente... [La esposa de Emilio] se tenía que disfrazar de dama antigua y le habían pedido que se ponga aros largos y una pollera larga [...] y ella le contestó a la señorita que, antes que elegir a Beto que es morocho y de ojos oscuros, ella se iba a elegir un gringo para disfrazarse de dama antigua, y aclaró: un gringo de ojos celestes, de cambiarlo a Emilio lo iba a cambiar por un gringo bueno de ojos celestes y no del mismo color (Fragmento del diario de campo del 30 de abril de 2010)

En numerosas ocasiones, los destinatarios directos –enunciarios– de la ironía de los trabajadores fuimos los propios investigadores. Sin embargo, podemos inferir que los destinatarios indirectos –no enunciarios– de estas expresiones eran los patrones, puesto que, como señalamos antes, los trabajadores –enunciadores– nos ubicaban en una posición sociocultural análoga a la de los patrones “gringos”.<sup>18</sup> Veamos

18 Para un análisis discursivo de las entrevistas etnográficas, véase Oxman, 1998, entre otros

En ocasión de una toma de fotos grupales de los trabajadores y sus familias, uno de los jóvenes bolivianos le dijo a uno de los investigadores que posara para la foto abrazado con ellos para que el resto del grupo “saliera más blanco”. Durante otra de nuestras visitas, ante la pregunta de un investigador sobre cómo andaba, un joven boliviano le respondió en tono irónico:

[...] “y... no tan bien como ustedes, pero ¿qué quieren que haga?, ¿puedo hacer otra cosa? Ustedes sí que andan bien... porque trabajar con este calor...” Decía esto mientras cargaba con sus manos curtidas y todo transpirado unos ladrillos ya secos y listos al carro tirado por un caballo... (Fragmento del diario de campo del 13 de diciembre de 2008)

Torres (1997) señala que la ironía como expresión de poder es una estrategia discursiva de resistencia no planeada que permite a los trabajadores recobrar su dignidad en contra de los estereotipos y prejuicios del personal encargado de dar órdenes, de los de otros trabajadores y hasta de los del investigador social. De este modo, en el caso de estudio, si bien no hemos detectado una resistencia ni una oposición abiertas a los mecanismos de control a través de los cuales los patrones construyen cotidianamente la segmentación étnica del mercado laboral, se puede apreciar que los trabajadores no reproducen acríticamente las relaciones de dominación y subalternidad en las que desarrollan sus prácticas laborales. Antes bien, tanto la ironía como la solidaridad constituyen espacios sociales que, en términos de Martín Barbero (2006), podríamos considerar *espacios del medio* en los que los trabajadores inmigrantes se re-ubican a sí mismos en el marco de la des-ubicación que suponen la migración y las relaciones laborales de subordinación.

Estos espacios sociales son conquistas de la resistencia, “que se gana y se defiende en las fauces del poder” (Scott, 2000, p. 149). Lejos del control del patrón, los trabajadores inmigrantes construyen prácticas sociales –la solidaridad– y modalidades de comunicación –la ironía– que camuflan ciertas verdades ante los ojos de los sectores dominantes. En términos de Scott, este *discurso oculto* no es más que una práctica discursiva, una manifestación reiterada y diseminada tras bambalinas que los trabajadores inmigrantes aquí analizados ponen en juego para manifestar que conocen su situación de subordinación aunque no se opongan a la dominación de manera abierta.

## Comentarios finales

Si bien la presencia de migrantes limítrofes en la Argentina es de larga data, a partir de la década de 1990, la progresiva flexibilización de la producción y el aumento de la precarización laboral permitieron el afianzamiento de ciertos mercados de trabajo que, segmentados sobre bases étnico-nacionales,

fueron favorecidos por la disponibilidad de mano de obra barata procedente de otros países de América Latina, tales como Paraguay, Bolivia y Perú, y en algunos casos también del este asiático. En relación con este contexto, numerosos autores han señalado la importancia que adquirieron las redes étnicas a la hora de hacer circular información acerca de posibles puestos de trabajo así como también en el momento de conectar a los trabajadores con las posibles ocupaciones, mostrando la injerencia de estas dinámicas en la estructuración del mercado laboral.

Las décadas de 1980 y 1990 también supusieron un incremento en el número de inmigrantes limitrofes en la región metropolitana de la Ciudad de Córdoba. De modo más específico, la operatoria de redes sociales permitió que inmigrantes bolivianos que provenían directamente de Bolivia, o que se hallaban previamente insertos como trabajadores temporales en la producción agropecuaria de provincias tales como Salta o Jujuy, llegaran a Córdoba informados acerca de posibilidades laborales en el periurbano de la ciudad.

La inserción de trabajadores en los cinturones verdes es un ejemplo de este proceso. En este caso, las quintas hortícolas, tanto en Córdoba como en el resto del país, atravesaron un proceso que fue conocido como *bolivianización* de la horticultura, que implicó la creciente inserción de los trabajadores oriundos de Bolivia en el mercado laboral de este sector, llegando incluso algunos a convertirse en productores y comercializadores. Este proceso fue posible por la existencia de estereotipos que definen a los bolivianos como “buenos trabajadores” para ese tipo de tareas, en el marco de clasificaciones culturales que regulan la asignación de ciertos puestos a ciertos trabajadores legitimando la segregación étnica del mercado laboral.

Planteamos que en el caso aquí analizado se puede apreciar proceso similar. Así, hemos resaltado el papel que juegan las adscripciones étnico-nacionales a la hora de conectar a los inmigrantes bolivianos con el trabajo en el cortadero y señalamos los modos en que las redes sociales operan entre los trabajadores para facilitar esta conexión, generando un *espacio del medio* que facilita su reubicación en el marco de procesos de des-ubicación social.

Al mismo tiempo, vimos que esas mismas adscripciones étnico-nacionales sirven de base a la justificación y naturalización de una inserción laboral sumamente precaria, donde con frecuencia la apelación a supuestas aptitudes naturales para el trabajo duro oscurece el hecho de que las mismas dependen más de las pautas de juego del mercado laboral y de la adecuación del trabajador a ciertos estereotipos que de un conjunto de cualidades pretendidamente inherentes al mismo.

Por otro lado, hemos presentado con detalle el modo en que se organiza el proceso de producción, mostrando las dinámicas que se desarrollan entre el patrón, el mediero y los trabajadores, planteando que la informalidad y transi-

toriedad de los contratos laborales, sumadas a la escasa calificación necesaria para ocupar las distintas posiciones, reducen las posibilidades de los trabajadores para negociar sus puestos. En este sentido, hemos señalado las diferencias existentes entre las familias establecidas en el cortadero y los trabajadores temporales que, por su situación, se desempeñan como mano de obra altamente flexible y móvil.

En este contexto de precariedad e inestabilidad laboral, dimos cuenta de algunos modos a través de los cuales los trabajadores logran cumplimentar su reproducción social, apelando a lazos de solidaridad tanto en el seno de las familias que residen en el lugar de trabajo como entre los trabajadores. Asimismo, identificamos algunas grietas que les permiten ciertas manifestaciones de resistencia, tales como el abandono del lugar de trabajo y el recurso de la ironía.

En síntesis, el análisis de este cortadero ha tenido la finalidad de aportar algunas herramientas que permitan comprender la importancia de “ser boliviano” para el sector de la fabricación de ladrillos en el periurbano de la Ciudad de Córdoba. Retomamos entonces el llamamiento de Reygadas (2002) quien insta a considerar la importancia de la dimensión simbólica de las relaciones laborales, tomando en cuenta los significados que las mismas tienen para las personas. Así, nuestro interés fue remarcar que la cultura, es decir, las maneras de ver, de valorar y de sentir de los trabajadores y de los patrones, condicionan no solo el proceso de trabajo sino también la asignación de ciertas personas a determinadas posiciones laborales.

## Bibliografía

ARCHENTI, Adriana y Marcela TOMAS (1997), "Identidades migrantes e inserción local en un contexto subrural", ponencia presentada al Congreso Nacional "Pobres y Pobreza en la Sociedad Argentina", Quilmes (Pcia de Buenos Aires), Universidad Nacional de Quilmes, Centro de Estudios e Investigaciones Laborales.

ÁVILA MOLERO, Javier (2001), "Globalización, identidad, ciudadanía, migración y rituales andinos des/localizados: el culto al Señor de Qoyllur Ritti en Cusco y Lima", informe final del concurso "Culturas e identidades en América Latina y el Caribe", Programa Regional de Becas CLACSO. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2000/avila.pdf> (Consultada el 9 de abril de 2009).

BAILEY, Thomas y Waldinger ROGER (1991), "Primary, secondary, and enclave labor markets: a training systems approach", en *American Sociological Review*, vol. 56, n° 4, Washington, American Sociological Organization, pp. 432-445

BENENCIA, Roberto (1994), "La horticultura bonaerense: lógicas productivas y cambios en el mercado de trabajo", en *Desarrollo Económico*, vol. 34, n° 133, Buenos Aires, IDES, abril-junio, pp. 53-73.

————— (2002), "La compleja trama del prejuicio. Aceptación y violencia sobre trabajadores bolivianos en la agricultura periférica de Buenos Aires", ponencia presentada en "Perspectives comparées des migrations: France-Argentine", Paris, CERMI/URMIS/Université Paris 7/UBA. Programme ECOS.

————— (2004), "Ensayo Bibliográfico sobre migraciones limítrofes", en F. DEVOTO (comp.), *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

————— (2006), "Bolivianización de la horticultura en la Argentina", en A. GRIMSON y E. JELIN (comps), *Migraciones regionales hacia la Argentina Diferencia, desigualdad y derechos*, Buenos Aires, Prometeo.

————— (2007), "El infierno del trabajo esclavo. La contracara de las 'exitosas' economías domésticas", ponencia presentada en el Congreso Internacional de Investigación: "Migraciones, familias y transnacionalidad", Universidad de Murcia.

BENENCIA, Roberto y Gabriela KARASIK (1994), "Bolivianos en Buenos Aires: aspectos de su integración laboral y cultural", en revista *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 9, n° 27, Buenos Aires, CEMLA, pp. 261-299.

BENENCIA, Roberto y Germán QUARANTA (2006a), "Mercado de trabajo y relaciones sociales: la conformación de trabajadores agrícolas vulnerables", en

revista *Sociología del Trabajo*, nueva época, n° 58, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, pp. 83-113.

————— (2006b), "Mercados de trabajo y economías de enclave. La "escalera boliviana" en la actualidad", en revista *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n° 60, Buenos Aires, CEMLA, pp. 413-431.

CHARI, Sharad y Vinay GIDWANY (2007), "Introduction. Grounds for a spatial ethnography of labor", en *Ethnography*, 6, 3, Londres, Sage, pp. 267-281.

DE GENOVA, Nicholas (1998), "Race, space, and the reinvention of Latin America in Mexican Chicago", en *Latin American Perspectives*, vol. 25, n° 5, Londres, Sage, pp. 87-116.

DOMENACH, Hervé y Dora CELTON (1998), *La comunidad boliviana en Córdoba: caracterización y proceso migratorio*, Córdoba, ORSTOM-Universidad Nacional de Córdoba.

GRIMSON, Alejandro (1999), *Relatos de la diferencia y la igualdad. Los bolivianos en Buenos Aires*, Buenos Aires, EUDEBA.

HERRERA LIMA, Fernando (2005), *Vidas itinerantes en un espacio laboral transnacional*, México D.F., Universidad Autónoma Metropolitana.

LUCIFORA, Silvia (1997), "Presencias andinas en el sudeste bonaerense: horticultores y ladrilleros", ponencia presentada en el V Congreso Argentino de Antropología Social, Universidad Nacional de La Plata. Disponible en: <http://www.naya.org.ar/congresos/contenido/laplata/LP1/45.htm> (Consultado el 8 de agosto de 2008).

MARTÍN BARBERO, Jesús (2006), "Pensar juntos espacios y territorios", en D. HERRERA GÓMEZ y C. PIAZZINI (eds), *(Des)territorialidades y (No)lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio*, Medellín (Colombia), La Carreta Editores, E.U. Medellín.

MONTOYA, Silvia y Marcela PERTICARÁ (1995), "Los migrantes en el mercado de trabajo urbano", ponencia presentada en la XXX Reunión Anual de la Asociación Argentina de Economía Política, Sede: Facultad de Ciencias Económicas-Universidad Nacional de Río Cuarto.

MORALES GAMBOA, Abelardo (2005), "Territorialidad social y migración transnacional en América Central", ponencia presentada al Seminario "Problemas y Desafíos de la Migración y el Desarrollo en América", organizado por la RED/CRIM/CERLAC, Cuernavaca, Morelos, México.

MORBERG, Mark (1996), "Myths that divide: immigrant labor and class segmentation in the Belizean Banana industry", en *American Ethnologist*, vol. 23, n° 2, Indianápolis, Wiley, pp. 311-330.

ORTIZ, Claudia (2005), "Las organizaciones de inmigrantes bolivianos: espacios de construcción identitaria", tesis presentada para optar al título de

Magíster en Comunicación y Cultura Contemporánea, Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba (mimeo)

ORTIZ, Sutti (2002). "Laboring in the factories and in the fields", en *Annual Review of Anthropology*, n° 31, Palo Alto, Annual Reviews, pp 395-417

OXMAN, Claudia (1998), *La entrevista de investigación en ciencias sociales*, Buenos Aires, EUDEBA

PIZARRO, Cynthia (2007), "Inmigración y discriminación en el lugar de trabajo. El caso del mercado frutihortícola de la Colectividad Boliviana de Escobar", en revista *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n° 63, Buenos Aires, CEMLA, pp. 211-243.

———— (2009), "Organizaciones de inmigrantes y procesos identitarios: el caso de la Colectividad Boliviana de Escobar", en R. BENENCIA, G. QUARANTA y J. SOUSA CASADINHO (coords), *Cinturón Hortícola de la Ciudad de Buenos Aires. Cambios Sociales y Productivos*, Buenos Aires, CICCUS.

REYGADAS, Luis (2002), *Ensamblando culturas diversidad y conflicto en la globalización de la industria*, Barcelona, Gedisa

SASSONE, Susana y Gabriela DE MARCO (1991), *Inmigración limitrofe en la Argentina*, Buenos Aires, Comisión Católica Argentina de Migraciones-Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos.

SCOTT, James (2000) [1990], *Los dominados y el arte de la resistencia Discursos ocultos* México D.F., Ediciones Era [Edición original: 1990].

TORRES, Gabriel (1997), *La fuerza de la ironía Un estudio del poder en la vida cotidiana de los trabajadores tomateros del occidente de México*, México D.F., CIESAS, El Colegio de Jalisco

TRPIN, Verónica (2004), *Aprender a ser chilenos*, Buenos Aires, Antropofagia

———— (2007), "Identidades en movimiento. Familias chilenas en la fruticultura en el Alto Valle de Río Negro", en *Cuadernos Pagu*, 29, San Pablo, Universidad Estadual de Campinas, pp. 227-255

VACAFLORES, Victor (2003), "Migración interna e intrarregional en Bolivia Una de las caras del neoliberalismo", en *Revista Aportes Andinos*, n° 7: "Globalización, migración y derechos humanos", Quito, Universidad Andina Simón Bolívar. Disponible en: <http://www.uasb.edu.ec/padh> (Consultada el 10 de marzo de 2009)

VARGAS, Patricia (2005), *Bolivianos, paraguayos y argentinos en la obra identidades étnico nacionales entre los trabajadores de la construcción*, Buenos Aires, Antropofagia.

ZALLES CUETO, Alberto (2002), "El enjambramiento cultural de los bolivianos en la Argentina", en *Nueva Sociedad*, n° 178, Caracas, Nueva Sociedad, pp. 89-103.

## Resumen

En este artículo analizamos algunas implicaciones que tienen las identificaciones étnico-nacionales en las relaciones laborales, sociales y culturales que se dan en un cortadero de ladrillos ubicado en el área periurbana de la Provincia de Córdoba, Argentina, en donde trabajan inmigrantes bolivianos. Abordamos estas cuestiones a partir del análisis de los registros realizados durante el trabajo de campo etnográfico que comenzamos en septiembre de 2008, consistente en observación participante y entrevistas en profundidad.

Sostenemos que la *bolivianización* de los cortaderos de ladrillos se relaciona con la particular intersección que se dio entre ciertos discursos racializantes sobre los inmigrantes regionales y diversos procesos de precarización y flexibilización laboral que tuvieron lugar durante la década de 1990 en el marco de la implementación de políticas neoliberales en la Argentina.

Damos cuenta de las maneras en que estas posiciones son experimentadas por los trabajadores en el lugar de trabajo, argumentando que las redes sociales entabladas fuera y dentro del cortadero de ladrillos por los inmigrantes bolivianos constituyen un *espacio del medio* que facilita su re-ubicación en el marco de procesos de des-ubicación social. En los espacios de trabajo confluyen una serie de percepciones, sentimientos, comportamientos y experiencias que ligan la cultura de los trabajadores con la reproducción de la fuerza de trabajo en situaciones determinadas. Pero, aun cuando la cultura laboral en el cortadero de ladrillos subsidia al capital en la medida en que las relaciones étnico-nacionales y las características culturales son aceptadas y reproducidas, o al menos no son contestadas abiertamente

## Abstract

In this paper we analyse some implications that national-ethnic identifications have in labour, social and cultural relationships that take place in a brickyard located in the surrounding areas of Córdoba City, Argentina, where Bolivian migrants work. We approach these matters on the basis of the analysis of the records of the ethnographic fieldwork which was set from September 2008 on, consisting in participant observation and depth interviews.

We argue that the *bolivianization* of brickyards is related to the intersection between certain racializing discourses about regional migrants and the different processes of labour perilousness and flexibilization that took place in the '90s along with the implementation of neoliberal policies in Argentina.

We account for the ways in which these situations are undergone by workers in their workplace, sustaining that the social networks set outside and inside the brickyards by Bolivian migrants, stand for a *space in between* that eases their *re-location* in a context of social *dis-location*.

It is at workplaces where a range of perceptions, feelings, behaviours and experiences come together to link the workers' culture to the reproduction of the labour force in particular situations. However, even though working culture subsidizes the capital to the extent at which national-ethnic relationships and cultural characteristics are both accepted and reproduced, or at least are not openly confronted by workers, there exist some gaps such as job leaving and irony which show some resistance practices.

por los trabajadores, existen algunos intersticios tales como el abandono del lugar de trabajo y la ironía que evidencian ciertas modalidades de resistencia.

En síntesis, planteamos que la segmentación étnica opera en el cortadero legitimando cierto tipo de contrataciones y condiciones laborales sumamente desfavorables para los inmigrantes bolivianos.

También, señalamos algunas prácticas que los trabajadores ponen en juego para arreglárselas y luchar por su vida en el marco del capitalismo

To sum up, we state that ethnic segmentation does work in the brickyard as a tool that legitimizes certain kinds of labour contracts and conditions highly detrimental for the Bolivian migrants. We also highlight certain practices that these workers display in order to manage how to fight for their lives within the frame of capitalism

146

### Descriptores

(segmentación étnica)  
(lugar de trabajo)  
(migrantes bolivianos)  
(cortaderos de ladrillos)  
(Córdoba-Argentina)

### Key words

(ethnic segmentation)  
(workplace)  
(Bolivian migrants)  
(brickyards)  
(Córdoba-Argentina)

## RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

### Entre trayectorias. Escenas y pensamientos en espacios de formación

Sandra Nicastro  
y María Beatriz Greco

Rosario, Homo Sapiens Ediciones,  
2009, 154 páginas

El texto de Nicastro y Greco, organizado en cuatro capítulos, realiza un recorrido teórico y metodológico en el que se desarrolla, contextualiza y reflexiona sobre la noción de trayectoria. Situándose en el espacio educativo por excelencia –la escuela–, se aporta a la conceptualización y definición de las trayectorias desde una perspectiva novedosa que busca integrar relatos para construir teoría.

El libro comienza con la definición de la noción de trayectoria, noción que, a lo largo del trabajo, irá complejizándose y adquiriendo nuevos matices. El concepto se pone en relación con aspectos tales como la temporalidad o el modo narrativo a través del cual se da cuenta de la

misma. Lo que se busca a partir del análisis de las trayectorias no es conocer el recorrido en sí mismo sino aprehender el sentido que les asignan los actores a los diferentes tramos que las corporizan y comprender las relaciones que se entretienen con el colectivo que integran

La trayectoria es, para las autoras, un camino dinámico del que se conoce el punto de partida pero no el de llegada, un recorrido en construcción constante, un “itinerario en situación”. Esta definición se aleja de otras posturas en las que la trayectoria educativa se vincula a una estructura curricular en la que se avanza siguiendo un recorrido pre-establecido y en la que el sujeto ocupa un rol secundario, o se refiere al seguimiento de alumnos con dificultades, o a las normas de las organizaciones y las relaciones que se entablan. En el enfoque que se plantea en el libro lo que se vuelve central es el sujeto y el modo en que se configuran las relaciones entre ese sujeto y la institución.

En la construcción de este entramado entre el sujeto y la institución, la temporalidad ocupa un lugar importante en tanto permite un recorte del problema. En este sentido, lo que se pretende –a partir de este ajuste espa-

147